

Joaquín Copeiro

LA PUERTA DE LAS MENINAS

narrativa  
descrito ediciones  
de

## PRIMERA PARTE

### 1

De un tiempo a esta parte, Jorge no perdonaba la infusión de hierbas justo antes de apagar la luz de la mesilla, cuando se sentía vencido por el sueño y las líneas del libro que estuviera leyendo le bailaban, como las luces de una discoteca, frente a los párpados semicerrados. Ingerir la infusión, apagar la luz y dormirse: esa era la cuestión. Y entonces el benéfico efecto de las hierbas venía durándole unas cinco o seis horas. Pero, para eso, la infusión debía tomársela con los últimos estertores de la lectura. Porque si lo hacía mientras quemaba el tiempo en el salón, jugando a adivinar con Catalina, arrellanados ambos en sendos sillones, los derroteros de alguna de las predecibles series televisivas, en tal caso las virtudes relajantes del bebedizo se perdían al final del primer sueño, y unas ganas imposibles de orinar le hacían abandonar el lecho, dirigirse a trompicones al cuarto de baño, descargar la vejiga

y volverse de nuevo a la cama, pero ya con los ojos como platos: la noche, a la sazón, se tornaba herida en carne viva, fiebre y sudor, pesadilla.

Esa noche, Jorge había respetado cada uno de los consejos de los especialistas para alcanzar un sueño reparador, esto es, poner en cuarentena las preocupaciones y las urgencias con una cabezadita después de comer, caminar por la tarde a lo largo de la avenida del Colesterol y por el parque de las Tres Culturas, cenar temprano y frugalmente, ver la tele con dócil pasividad, prepararse una taza de valeriana, melisa, tila y azahar, y rematar los restos de su lucidez entre los alambicados y soporíferos razonamientos de un detective decimonónico que no había dios que siguiera ni que creyera. Pero ni por esas, que a las dos menos cuarto de la madrugada la presión de la vejiga lo arrojó de la cama y lo dejó en vela el resto de la noche. ¿Que por qué? Pues por su incapacidad para olvidar los últimos torpedos con que las editoriales aniquilaban cualquier esperanza de publicar su libro más reciente: dos cartas de «lo sentimos, pero su libro no se ajusta a nuestra línea editorial» explotaron ante sus narices cuando al mediodía abrió el buzón. Y también, y sobre todo, por el vacío insondable dejado, en la otra mitad del colchón, por la ausencia de Catalina, un vacío que intranquilizó sin duda sus pocas horas de sueño y que lo soliviantó mientras esperaba que el despertador marcara por fin las siete. Catalina se había ido a San Sebastián a pasar el puente, porque su hermana pequeña, casada allí con un abogado de Eusko Alkartasuna, se hallaba recién parida de una niña con

su mismo nombre. Y él decidió quedarse en Toledo para acudir, el sábado por la tarde, a una reunión de la Plataforma por la Paz, y el domingo por la mañana, a una asamblea de profesores contra la guerra que debería celebrarse en la antigua Universidad Laboral. Y sin Catalina, la cama se le había hecho tan grande, que no pudo pegar ojo en toda la noche.

A las siete, Jorge desactivó la alarma del despertador antes de que se disparara y conectó la SER para ducharse con las últimas noticias de la guerra. Bajo la ducha y con el desayuno, Jorge fue sacudiéndose las bombas y los muertos, que no hacían más que incrementar las cuentas de un horror ya asumido por todos como los accidentes de tráfico, y decidió aprovechar la fiesta local para acercarse a Madrid a visitar el Prado, a ver si su menguado orgullo de pertenecer a la especie humana se le acrecentaba siquiera un tanto así; al día siguiente, volvería a luchar contra la guerra.

Ir de exposiciones en mañanas soleadas de invierno, con el sol calentando un poquito los cuerpos y las almas, era afición preferida de Catalina y de él, pero, lamentablemente, por unas causas o por otras, no se prodigaban demasiado en el cultivo de la misma. Sin embargo, ese viernes, sin Catalina y con el rechazo de las editoriales, la vida se le presentaba a Jorge como una hoja en blanco que corriera el peligro de pringársele a lo largo de la jornada. Así que, tras despachar las cartas al cubo de la basura y a riesgo de parecer desleal con su compañera, quien seguro que le echaría en cara no haberla esperado para llevar a cabo incursión de tal naturaleza a la capital del reino, se embutió en su cha-

quetón preferido, salió de casa, cogió su automóvil, se detuvo un momento ante un cajero automático para proveerse de dinero y enfiló la autovía que lo conduciría a la famosa pinacoteca.

A pesar de que a la altura de Illescas lamentó haberse dejado en casa los dos útiles de que solía pertrecharse cuando se echaba a la calle, a saber, libreta tamaño octavilla y bolígrafo de punta fina, que emborriona menos, al llegar a las proximidades del museo, tuvo suerte —y se congratuló de ello—, porque, dado lo temprano de la hora, enseguida encontró aparcamiento. Tuvo suerte también porque el museo no tenía programada en esa época exposición monográfica alguna, con lo que no necesitaba guardar cola para entrar. Y tuvo «suerte» asimismo —y obsérvense las comillas del sustantivo, cuya razón se asienta en la desgraciada coyuntura en que se debatía Occidente como consecuencia de los últimos atentados—, porque el flujo de turistas nipones y americanos había decrecido considerablemente, con lo que, al parecer, sólo él pretendía visitar el Prado en ese momento. Por todo ello, Jorge tuvo suerte, y, además, por ser en Madrid día laborable, lo que implicaba menos madrileños en los museos. Pero cuando pidió la entrada, la fortuna lo abandonó por un momento, ya que al argüir su condición de profesor —siempre lo hacía, por si acaso—, la taquillera le dijo que eso no lo eximía de pagar. No obstante, penetró en el museo, henchido de devoción, de arrobo místico, por la Puerta de Goya.

Con todo, sorprendió a Jorge el silencio reinante en la planta primera. Ancha la galería principal, tan sólo

un par de bedeles removían las moléculas del aire en ella instalado. Ni una mosca, ni una triste arañita, porque en los museos, ya se sabe, el aire lo turban nada más que el hormigueo de los visitantes, humanos, y los *flashes* furtivos de sus cámaras fotográficas. Así que, con tal de no violentar el recogimiento del lugar, anduvo casi sin pisar las losas del suelo, como un mimo que simulara un caminar sigiloso sobre las plantas de sus pies. Y de esta guisa, y sin saber muy bien por qué extraña fuerza interior, enfiló hacia la sala de *Las Meninas*. Pero allí su sorpresa se multiplicó, toda vez que, en contra de lo esperado, en la sala se encontraban varias decenas de personas, escolares de temprana edad y viejos de la tercera, agolpados delante del famoso cuadro, formando una barrera semicircular e infranqueable, pendientes de las explicaciones, claras a veces y a veces incomprensibles desde luego para más de la mitad de los presentes, formuladas por una señorita morena, de ojos gatunos y voz de frecuencia modulada, con rostro tan modélicamente bello, que imponía un silencio de admiración entre los más jóvenes y entre los más viejos, que suelen ser los más habladores. Era hermosa la chica y Jorge contuvo la respiración. Subyugaba el tono de su voz, más que el contenido de sus palabras; la levedad de su sonrisa, más que el análisis de la composición de la pintura; su mirada cálida, más que las teorías sobre la supuesta temática del cuadro oculto pintado por Velázquez.

Por fin, la señorita concluyó sus explicaciones, y los grupos, susurrando entre sí acerca de la maestría de la obra velazqueña o de la belleza inconmensurable de

la chica, comenzaron a vaciar la estancia. Jorge giró sobre sí mismo y vio salir a la gente, la vio escabullirse hacia la galería, en último lugar la hermosa guía. Y entonces reconoció alegre el singular parecido que su figura tenía por detrás con la de Catalina; tanto, que se fue tras ella a lo largo de toda la galería como un perrito, dudando si abordarla o no, si preguntarle sobre *Las Meninas* o invitarla abiertamente a un café y confesarle hasta qué punto le recordaba a su compañera. «Pero adónde vas, hombre, y quién eres tú para importunar de esa manera a una guía del Museo del Prado, como si se tratara de una chacha y tú un estudiante que intentarás ligártela en la plaza Mayor, así, sin venir a cuento y a tu edad, para preguntarle no se sabe qué demonios sobre la pintura, que para eso, te dirá ella, contrate mis servicios, señor, que yo le explicaré a usted solo todos y cada uno de los detalles de la obra, quién es quién en ella, cuál es la función del espejo, cómo se asegura la presencia de los reyes, qué significan el búcaro o el perro o la paleta o el puntero, el gesto de la infanta, la actitud del aposentador, o para decirle que su figura de espaldas te ha recordado a tu compañera, a quien sin duda echas de menos, pero y a mí qué me cuenta, se sorprenderá ella, y qué quiere usted que yo le haga, pues váyase a buscarla, hombre de Dios, y déjeme en paz, que estoy trabajando».